

Solemnidad. Santísimo Cuerpo y Sangre de Cristo, Ciclo C.

La magia del recuerdo

"Tomando Jesús los cinco panes y los dos pescados, pronunció la bendición sobre ellos, los partió y se los dio a los discípulos para que los sirvieran a la gente". San Lucas, cap.9.

Recordar es oficio capital del amor. Lo confirman la etimología del verbo: Hacer regresar al corazón, y el lenguaje de los enamorados: No me olvides. Recuérdame. "Me llevarás en ti, aunque no quieras"...

También el Señor dice por boca de Isaías: "¿Podrá una madre olvidarse del hijo de sus entrañas?, pero yo nunca me olvidaré de ti, Israel".

"Acuérdete de Jesucristo, resucitado de entre los muertos", le insistía san Pablo a su discípulo Timoteo, en un contexto hebreo, donde recordar es mucho más que imaginar a alguien ausente. Para el judío, el recuerdo tiene la magia de hacer presente al que se ha ido, manteniendo con él una fuerte y continua comunión.

Desde el comienzo de la Iglesia, la Eucaristía, que es acción de gracias, significó igualmente memorial. En ella las primeras comunidades llevaban a la práctica el mandato de Jesús: "Haced esto en memoria mía". Y revivían la presencia salvadora del Maestro.

Cuando los evangelistas cuentan la multiplicación de los panes y el pescado, tienen dos intenciones: Narrar un acontecimiento especial de la vida de Cristo. Y relacionar la Eucaristía con esa multiplicación del alimento.

En la última cena, el Señor ordena a sus amigos recordarlo siempre y para ello, les da un signo que les motive la memoria, despertando también el corazón: Un poco de pan y un sorbo de vino compartidos en fraternidad. Esa noche les dijo: Tomen de este pan que es mi cuerpo. Beban de este cáliz que es mi sangre.

Se nos ocurre darle a las palabras de Jesús un sentido de separación: Es cierto que Jesús anunciaba allí su muerte en cruz. Pero entre los judíos reiterar lo del cuerpo y de la sangre fortalecía la afirmación. Como quien dice: Yo estaré con ustedes, de un modo tan real como ahora me encuentro en esta Pascua.

Después de la resurrección del Maestro, los discípulos comprendieron que los panes y los pescados de aquella multiplicación anunciaban ese otro alimento que Jesús les daría.

San Pablo explicó luego a la comunidad de Corinto: "Yo he recibido esta tradición que procede del Señor. Y cada vez que comemos de este pan y bebemos de esta copa, nos unimos a la muerte y a la resurrección del Señor".

También afirman los enamorados que en las ausencias se alimentan del recuerdo. Esta expresión es válida. Aquí en la Eucaristía, recordando al Maestro, nos alimentamos para tener vida en abundancia.

Alguien curiosamente ha calculado que si un hombre normal gastara diariamente igual cantidad de energía que un colibrí, tendría necesidad de 155.000 calorías. Y para ello habría de ingerir, en las veinticuatro horas, 170 kilos de papas, o 60 de pan.

No es posible vivir de ningún modo sin la energía de Dios. La necesitamos a diario para actuar decentemente, para abordar nuestras tareas, superar los conflictos, sanar los propios yerros, hacer el bien al prójimo, comprometernos con la justicia.

Los cristianos sabemos el secreto para alcanzar todo esto: Recordar al Señor Jesús, mientras participamos de su mesa.

Padre Gustavo Vélez Vásquez m.x.y.